

LAS MURALLAS DE SAN SEBASTIAN

por FERNANDO MEXIA CARRILLO

Coronel de Artillería.

Conservador del Museo Histórico-Militar del Castillo

Santa Cruz de la Mota, de San Sebastián

Tan difícil como señalar el origen del castillo de Santa Cruz de la Mota, resulta el determinar el que corresponde a las murallas de la ciudad de San Sebastián (*). Admitiendo como más probable y como así nos lo dicen la mayoría de los historiadores, que la ciudad fue naciendo por el crecimiento de una pequeña barriada de pescadores que buscó para sus primitivas viviendas el abrigo del Urgullmendi, o Monte Urgull, es de suponer, que aquélla fuese ganando y aumentando en su importancia hasta constituir un pequeño pueblo, que, lógicamente, pronto sintió la necesidad imperiosa de su defensa. Por entonces se construiría la primera cerca, más que muralla, la que después sufriría las numerosas y convenientes transformaciones.

Todo esto pudo suceder en tiempos de Sancho el Mayor, o tal vez ya por entonces estaría construida la referida cerca; siendo dicho rey quien debió hacer en la misma las oportunas reformas para su ampliación y para lograr una mayor seguridad en la defensa.

Poco después, Sancho el Fuerte de Navarra levantaría el castillo en lo alto del monte Urgull, y en él también sus primitivas murallas, para servir de oportuno refugio a la guarnición de la villa en caso de necesidad (1).

(*) Este trabajo complementa el del mismo autor sobre el castillo de San Sebastián, publicado en el número 14 de la REVISTA DE HISTORIA MILITAR.

(1) MADDOZ: *Diccionario Geográfico-Estadístico-Histórico de España* Madrid. 1849. tomo IV; pág. 13.

LAS MURALLAS PRIMITIVAS

Su desaparición casi total desde hace ya muchos años, y posteriormente la demolición de las nuevas murallas de la plaza en el año 1863, ha hecho que no queden actualmente sino pequeños vestigios de las mismas adosados en los cimientos de algunas de sus antiguas casas. La desaparición, también de la mayor parte de los documentos y de la cartografía de aquella época en los numerosos incendios y calamidades que asolaron a la villa en tiempos pasados, ha sido la causa de que sean muy pocos los datos que puedan servirnos para informarnos sobre la verdadera constitución y transformación de las primitivas murallas.

No es posible, por tanto, llegar a una detallada descripción de las fortificaciones, ni tan siquiera en su aspecto más general, ni tampoco, llegar al conocimiento y a la diferenciación en el trazado de sus distintas épocas, ya que muchas veces podían confundirse fácilmente las diferentes obras realizadas por la superposición de las mismas. No voy a tratar, sino únicamente, de dar una idea de lo que pudieron ser las antiguas murallas, deduciendo su traza del estudio comparativo de los planos y documentos existentes, recogiendo y coordinando cuantos datos he podido recopilar a través de los escritos, trabajos y publicaciones de los distintos historiadores, y muy especialmente, de los conservados en el Archivo de Simancas, y del estudio realizado por los señores Olavide, Aibarellos y Vigón en su *Historia de las Fortificaciones de San Sebastián*.

LAS MURALLAS EN LOS SIGLOS XV Y XVI

Según las vagas descripciones que nos han dejado algunos escritos, parece ser que las murallas se encontraban en el siglo xv en un estado de notable abandono, justificado principalmente por la relativa tranquilidad en que hubieron de transcurrir las tres centurias anteriores. Al llegar al siglo antes citado, debían encontrarse en estado bastante ruinoso, constituidas por un recinto amurallado rectangular, formado por sencillas cercas, con algunas torres, o cubos, probablemente en sus ángulos salientes más importantes, y con pocos elementos defensivos. Por ello, sin duda, los Reyes Católicos comprendieron la necesidad de su reforma, más aún teniendo en cuenta las frecuentes

alarmas y los ataques a la villa por los franceses en 1476, y en el asedio a la misma en el año 1512. En vista de lo cual ordenaron aquellos la mejora de las fortificaciones, haciendo numerosas obras en las mismas, que fueron completadas con torreones, almenas, baluartes y demás elementos, para dejarlas en estado de su mejor defensa (2).

Como base un poco concreta para el estudio de lo que fueron estas murallas hacia el siglo XVI, vamos a partir de los dos planos más antiguos que se conocen correspondientes a esta época, el del Comendador Villaturiel, levantado por el año 1546, y otro del año 1551-1552 (3).

El primero de estos planos, aunque ejecutado con poca precisión, nos da una idea bastante clara del conjunto de las fortificaciones, incluyendo el castillo; su traza, en planta o proyección horizontal, nos permite observar fácilmente la constitución de sus distintas partes y elementos defensivos, aunque no se hace posible deducir sobre él dimensión alguna por no estar construido a escala, acusándose en el mismo algunos errores de situación.

El plano del año 1551-52, en cambio, más que plano es una perspectiva panorámica, tomada desde un punto de vista algo elevado, que puede muy bien complementarse con el plano anterior de Villaturiel.

LA MURALLA VIEJA

Antes de entrar en el estudio detallado de los referidos planos considero conveniente exponer una idea del conjunto de las murallas, que nos sirva a modo de pequeño bosquejo, para su más fácil comprensión y ambientación.

El viejo recinto fortificado (croquis panorámico, al final de este trabajo), consistía en una sencilla muralla, antigua cerca rematada por almenas y provista de aspilleras o saeteras para el empleo de las armas defensivas de la época; en sus ángulos, puertas de entrada y en los puntos más destacados de la misma, algunas torres aumentaban su fortaleza, permitiendo a la vez los convenientes flanqueos.

(2) PABLO DE GOROSABEL: *Noticia de las Cosas Memorables de Guipúzcoa*. Tomo V, año 1900; pág. 47.

(3) Planos que se conservan en el Archivo de Simancas (Valladolid). Hay copias de ambos en el Museo de San Telmo (San Sebastián), y del de 1551-52 en el Servicio Histórico Militar, copia ésta que figura el final del trabajo.

Por su frente norte, se apoyaba en la falda del monte Urgull, arrancando la muralla del Oeste, o del puerto, de la antigua iglesia de Santa Ana, lugar donde hoy se encuentra el Convento de Santa Teresa. Seguía en dirección Sur, pasando por la llamada torre de la Sagramentaria, o torre del Campanario, y continuaba, o pasaba muy cerca, de la casa-torre de Oquendo, medianil con la Iglesia de Santa Ana.

Inmediata a la citada torre del Campanario existía una puerta en la muralla, que daba acceso por empinada rampa al muelle viejo; seguía la muralla cerrando el recinto de la villa por el Oeste, con alguna pequeña edificación adosada a sus muros por el interior y con un torreón cuadrado llamado de Santiago a la altura de la calle del Poyuelo, donde se encontraba la puerta principal de este frente con salida al puerto; continuando su dirección hacia el Sur para terminar en el ángulo SO., rematada en otro torreón cilíndrico, a un nivel de terreno más elevado.

Por el frente Sur, o frente de tierra, y partiendo del citado torreón, proseguía la muralla con algunas casas y herrerías adosadas a la misma, pero fuera de ella, lo que indudablemente parecía indicar la necesidad de expansión de la villa, encerrada entonces en tan estrecho recinto.

A la altura de la calle Mayor se encontraba una de las puertas de la muralla, y pasada ésta, un grupo de casas que, comenzando con la llamada de Doña Gracia, continuaba por las de Laborde hasta alcanzar la torre de Engómez o del Preboste, a la altura de la calle de Narrica, en la que se encontraba otra de las puertas de la muralla; la puerta central quedaba situada entre las dos citadas, a la altura de la calle de San Jerónimo.

A partir de la torre de Engómez, o del Preboste, continuaba la muralla con otras casas, entre las que se contaba como más importante la llamada Casa de la Munición. Terminaba este frente en el ángulo SE., donde la muralla tenía una salida con pequeña puerta, denominada postigo de San Nicolás. Doblaba después formando un chaflán, para seguir ya su dirección hacia el Norte en el nuevo frente del Este, o frente de la Zurriola.

Este frente de la Zurriola era de traza más indefinida, debido a las frecuentes destrucciones producidas por los embates del mar y corrientes del río Urumea, que hacían precisas numerosas e importantes reparaciones. Estaba constituido por una simple muralla sin

elemento defensivo alguno, que terminaba en el llamado baluartillo de San Telmo, apoyado en la falda del monte Urguli; antes de llegar a este baluartillo enlazaba la muralla de la Zurriola con la que formaba el frente Norte, cerrándose así el recinto fortificado. Esta muralla Norte debió de ser muy sencilla, pues no precisaba de gran fortaleza al estar protegida por el monte. De ella aún se conservan algunos restos de viejos cimientos, que permiten apreciar su antigüedad.

Tras esta ligera descripción previa, trataremos ahora de interpretar lo más al detalle posible los planos citados, para extraer de ellos todo aquello que nos permita llegar al conocimiento más exacto, o al menos muy probable, de lo que fue la muralla vieja.

ESTUDIO DE LOS PLANOS ANTIGUOS. PLANO DE VILLATURIEL

Es el plano más antiguo de cuantos se conservan sobre las fortificaciones de San Sebastián y resulta del mayor interés, pues acompañaba a una carta escrita por Villaturiel al rey el 17 de febrero de 1546 (4), en donde se exponía la conveniencia de levantar unas murallas en el castillo, que consideraba de la mayor importancia para la seguridad del mismo y para la mejor defensa de la plaza. Tanto en la carta como en el plano, expresaba Villaturiel la conveniencia de ejecutar estas obras, por él proyectadas, reflejando el buen estado en que habrían de quedar las fortificaciones de la plaza y el castillo una vez se realizasen tales proyectos.

Observemos cómo en el propio plano se incluían unas notas aclaratorias, señalándose algunas de las obras que habrían de ejecutarse y la forma de llevar éstas a cabo. Fijándonos detalladamente en el plano podríamos apreciar, igualmente, cómo su dibujo parece estar realizado de acuerdo con alguna representación gráfica determinada, pareciendo querer diferenciarse en la diversidad de sus trazos la clase o características de las obras en él representadas. Una adecuada interpretación de todo ello nos permitiría deducir fácilmente sobre la clase de los elementos defensivos componentes de la murallas y los de sus distintas obras de fortificación.

La interpretación que podría corresponder a tal representación gráfica, muy bien podría ser la siguiente:

(4) OLAVIDE, ALBARELLOS Y VIGÓN: *Historia de las Fortificaciones de San Sebastián*. Edición del Ayuntamiento de San Sebastián, año 1963; pág. 111.

— Dibujo formado por dos rectas paralelas a modo de franja alargada y sobre ella cuadros blancos a intervalos iguales en uno de sus lados: *muralla vieja almenada*.

— Figura en forma de franja cuadrada compuesta por cuadros blancos y negros alternativos: *torre o cubo almenado*.

— Franja alargada compuesta por cuadros blancos sucesivos: *muralla sencilla; barrera o falsabraga*.

— Figura constituida únicamente por dos rectas paralelas a modo de franja blanca alargada, o bien, de forma cuadrada o curvada: *muro o cerca de protección, muro de guarda-mar*.

— Cuadros blancos aislados o unidos entre sí, de mayor tamaño que los anteriores, o, formando superficies rectangulares, poligonales o curvas: *casas, manzanas de casas, o edificaciones*.

*Estudio de los distintos frentes de la muralla vieja
en el plano de Villaturiel. Frente occidental, o
del Puerto.*

La muralla en este frente, según el plano de Villaturiel, y de acuerdo con la representación gráfica expresada, debería de componerse de un sencillo muro almenado, seguramente aspillero, cubriendo la totalidad del mismo desde su arranque en la iglesia de Santa Ana hasta la torre en que terminaba en su extremo opuesto, ángulo del Suroeste.

Se interrumpía su continuidad en la torre del Campanario, que formaba parte de la misma, y ya más al sur, en la llamada de Santiago y conocida también por la del Puyuelo, por quedar próxima a la desembocadura de esta calle. Este trozo de muralla debió de ser almenado y defendía la entrada del puerto en todo el espacio del frente, favoreciéndose esta defensa por las posibilidades de flanqueo por ambos lados de la misma.

En el espacio comprendido entre la iglesia de Santa Ana y la torre de Santiago observamos en el plano una doble línea adelantada con respecto a la muralla, que, según la interpretación gráfica referida, parece podía corresponder a una barrera o falsabraga. Esta, apoyada en la torre del Puyuelo, indudablemente impedía el flanqueo por su flanco derecho, privándola de esta ventaja defensiva. Seguramente que tal anomalía podía quedar justificada por la necesidad de reforzar la defensa del frente en el espacio citado.

Es muy posible que la barrera se construyese en la época de los Reyes Católicos, cuando, según se ha dicho anteriormente, aquéllos ejecutaron las convenientes obras de reconstrucción y mejora de las fortificaciones, teniendo en cuenta el mal estado en que éstas se encontraban y la falta de toda eficacia defensiva.

También es fácil que correspondiese a una obra ejecutada para mejorar rápidamente, de una manera provisional, la fortaleza del frente, hasta tanto quedase terminada la muralla nueva, entonces en construcción, según un proyecto del prior de Barleta realizado por el año 1528 (5).

La torre del extremo Sur, en el ángulo SO., tuvo probablemente en un principio forma cuadrada, lo mismo que la del Puyuelo, siendo posteriormente y con ocasión de algunas obras de reforma, transformada en redonda.

Rodeando a esta torre y prolongándose por ambos frentes, el del puerto y el frente de tierra, aparece también otra construcción, que podría ser igualmente una cerca o barrera levantada para reforzar o proteger la muralla principal; o más bien, quizá, un muro de protección o guarda-mar, pues por esta parte del frente las aguas del mar azotaban grandemente las obras fortificadas. Como veremos después, el cubo del Ingente, próximo a esta torre, aunque más adelantado y ya en la muralla nueva, se encontraba en muy malas condiciones y amenazando ruina, seguramente por esta causa. De todas formas, lo que no cabe duda es que la muralla primitiva acusaba una gran debilidad y que se hacía indispensable la mejora de las fortificaciones antiguas, tanto por su mal estado de servicio, como por la conveniencia de aumentar su fortaleza, dada la superior potencia de las nuevas armas ofensivas puestas en juego en el siglo XVI.

Frente Sur, o frente de tierra.

A partir de la torre del ángulo SO. y después de pasado el cerco que rodeaba a la misma, puede verse una de las puertas de entrada al recinto, que quedaba enfrentada con la calle Mayor. A continuación se observa el trazado de lo que debió de ser otro cerco o barrera rodeando a un grupo de de casas, que por el plano de 1551-52, comprobaremos se trata de las casas de doña Gracia y las de Laborde;

(5) *Ob. cit.*, ref. 4; pág. 82.

pasadas éstas, se encontraba otra de las puertas, la de la calle de Narrica, sin que, en cambio, aparezca dibujada la puerta central correspondiente a la calle de San Jerónimo, cuya existencia nos la da claramente el plano citado del año 1551-52.

Rebasada la puerta de la calle de Narrica continuaba la muralla con otra torre, la del Preboste (aunque no aparece en este plano), y un grupo de casas más pequeñas delante de aquélla; en el extremo de este grupo puede verse la Casa de la Munición, y algo más adelante otra casa de menor importancia. A continuación se dibuja la puerta o portillo de San Nicolás, y a partir de él se aprecia un cambio de dirección en el frente de la muralla: dobla ésta al NE., sin que aparezca ya construcción alguna en el exterior, enlazando aquélla finalmente en su extremo, con la que formaba el frente de la Zurriola.

Frente del Este, o de la Zurriola.

Aparece este frente muy próximo al mar, formado por una simple cortina, sin que en el mismo existiese obra defensiva alguna. Por su interior se aprecia el dibujo de una franja alargada, representada por paralelogramos unidos a manera de eslabones, con lo que seguramente querría representar Villaturiel algún muro o contrafuerte de refuerzo de la muralla, construido con el fin de proporcionar a ésta una mayor solidez. La necesaria consolidación de la muralla, así como la carencia de casas en este frente, se explica perfectamente teniendo en cuenta los desperfectos que en ella ocasionaba frecuentemente el mar.

Terminaba el extremo Norte de esta muralla en el pequeño baluartillo de San Telmo, apoyado en la falda del monte y no dibujado en el plano, aunque se aprecia su situación. Dicho baluartillo estaba destinado, seguramente, a la protección del frente y para flanqueo del mismo.

Frente Norte.

Según se ha indicado, estaba formado por una simple muralla, que por estar cimentada en la falda del monte y dominada por el mismo no precisaba de gran fortaleza defensiva; en ella se encontraban dos puertas para el acceso al castillo, una, entre la iglesia de Santa Ana y la de Santa María, y la otra, próxima a San Vicente, según puede apreciarse perfectamente en el plano.

PLANO DEL AÑO 1551-52

Este plano está bastante en concordancia con el de Villaturiel, aunque entre los dos existen algunas diferencias, de las que podemos sacar consecuencias importantes.

Ante todo, la diferencia en el dibujo; el de Villaturiel está hecho en proyección horizontal; en cambio, el de 1551-52, en perspectiva, lo que nos permite poder deducir determinados detalles para completar así los datos del primero, al que sirve de valioso complemento.

De igual forma que hicimos anteriormente, examinemos por separado los cuatro frentes de la muralla.

Frente Occidental.

La muralla aparece almenada, careciendo de la barrera anterior dibujada en el plano de Villaturiel y observándose igualmente la falta del cerco que figura en aquél; pero, en cambio, sí se aprecian unos rasgos en el dibujo que parecen señalar la existencia de este último.

Muy bien pudiera ser que, como se ha expresado con anterioridad, tanto la barrera como el cerco se hubiesen demolido una vez que la nueva muralla se encontrase construida y en óptimas condiciones para la defensa, no figurando en el plano de 1551-52 por encontrarse ya derribada entre las fechas comprendidas entre los dos planos.

Se aprecia perfectamente la torre del Campanario, perteneciente a la muralla, situada con más rigurosa precisión que lo hace Villaturiel en su plano y detallándose sus cuatro agujas puntiagudas características rodeando a la aguja central; levantada, lo mismo que la iglesia de Santa Ana, sobre un terreno más elevado que el que la rodea por el Sur, se acusa la existencia de una escalera de acceso por su parte Este para salvar dicha diferencia de nivel.

Figura también la torre almenada de Santiago, y, a espaldas de la misma, aparece el dibujo confuso, sin que pueda apreciarse lo que en el mismo se quiere representar. Es posible se tratase de alguna rampa o escalera de acceso a la torre.

Frente Sur.

En cuanto a la muralla, puede apreciarse su traza almenada en estado aparentemente ruinoso, y sus merlones casi borrados, destrui-

dos seguramente por la acción del tiempo y por la falta de atenciones para su conservación. En su extremo Oeste puede verse claramente la pequeña torre en el ángulo de unión de la cortina del frente con la del puerto, notándose la falta del cerco que en dicho ángulo señalaba el plano de Villaturiel, pero, en cambio, se acusa la existencia de unas casas que en aquel plano aparecían adosadas al muro y que en éste se encuentran ya aisladas sobre un torreón removido, que podría estar formado por los escombros de alguna construcción anterior, tal vez la del cerco citado, terreno que parece aprovechado en parte por alguna pequeña huerta.

Se dibujan con bastante detalle las casas de doña Gracia y las de Laborde, correspondiéndose muy bien en cuanto a su situación con el emplazamiento que se señala en el plano de 1546; puede también deducirse en sus trazos difusos la existencia de la cerca o falsabrega que se indica en aquél, y aunque no muy claramente, se aprecian asimismo algunos restos de almenas coronando parte de la muralla.

Las casas de Laborde se dibujan sobre un terreno elevado, en situación dominante, lo que hace sospechar que anteriormente hubiese podido existir en esa parte algún elemento defensivo central a modo de Caballero o Donjón, ya modificado por entonces por las nuevas construcciones referidas, lo que estaría de acuerdo con el carácter militar de la muralla.

A las casas de Laborde se tendría acceso seguramente, en principio, por el interior del recinto, pero posteriormente se haría la escalera, que puede apreciarse en el plano, construida por delante, probablemente para mayor comodidad de los vecinos, cuando ya se encontraba protegida la villa por la muralla nueva, construida poco tiempo antes. Al pie de la plataforma pueden verse dibujadas dos líneas curvas delante y a ambos lados de la escalera, que muy bien pudieran limitar el espacio dedicado a algunas huertas o jardines. Como vemos, esta parte central había perdido por entonces su aspecto fortificado, aunque se acusaba todavía muy bien su existencia anterior.

En la parte de la muralla descrita, figura lo mismo que en el plano de 1546 la puerta de la calle Mayor y la de la calle de Narrica, así como también otra puerta central enfrentada con la calle de San Jerónimo, la cual no figuraba dibujada en aquél.

Pasada la puerta de la calle Narrica puede verse la torre del Prestoste, que tampoco se dibujaba en el plano de Villaturiel; una vez rebasada aquélla, continúa la muralla en su aspecto muy sencillo,

apreciándose las casas adosadas a la misma y la casa de la Munición, pasadas las cuales se acusa la desviación de la muralla en dirección Nordeste y el portillo de San Nicolás. Esta parte, achaflanada, aparece en forma curvada en vez del trazo recto que vimos en el otro plano, lo que nos da idea de la poca solidez de la muralla en este trozo, sujeto a los expresados cambios por los frecuentes destrozos producidos por el mar.

Frente del Este.

No comprendiéndose este frente en los límites del plano, no se hace posible hacer sobre él estudio alguno.

Frente Norte.

Coincide sus líneas generales con el dibujo de Villaturiel, aunque por su mayor detalle permite apreciar mejor la sencillez y constitución; no se dibujan las almenas, pero se observa en su borde superior la línea irregular sinuosa que parece indicar la existencia de las mismas.

Se observan con bastante rigor las iglesias de Santa María y San Vicente dentro del recinto, y fuera del mismo la de San Telmo.

Situación de la muralla.

El frente occidental de la muralla, o frente del muelle, arrancando de la antigua iglesia de Santa Ana, tuvo su emplazamiento en parte dentro del espacio ocupado actualmente por el convento de Santa Teresa, cuya construcción data del año 1686.

Seguía la muralla en la dirección Sur por la antigua calle del Campanario hasta su confluencia con la del Puyuelo, en que se alzaba la torre o torreón de Santiago. Desde éste continuaba en la misma dirección hasta la actual plaza de Lasala, sobre los cimientos en los que hoy se encuentra la casa inmediata al Gobierno Militar, donde existía la torre del ángulo SO. de la muralla, en la unión de los frentes del puerto y del Arenal.

Desde el referido ángulo, y formando ya el frente Sur, se dirigía la muralla al lugar que hoy ocupa el Teatro Principal, o muy próximo al mismo, siguiendo por la calle de Embeltran hasta su encuentro con la de Narrica. En este lienzo de la muralla, que era sin duda el más

importante, se encontraban sus tres puertas de entrada, con la situación ya expresada anteriormente, una a la altura de la calle Mayor, otra frente a la de San Jerónimo, y la tercera, en la calle de Narrica.

La casa del Preboste quedaba situada en el ángulo que formaban las calles de Embeltran y de Narrica; era una casa-torre que pertenecía a la muralla, inmediata a la cual se encontraba la ya referida puerta de la calle de Narrica.

Desde la casa de Engómez continuaba la muralla por la que fue plazuela de las Escuelas, hoy transformada en plaza de Sarriegui, hasta la calle de San Juan, a cuya altura aproximadamente queda la pequeña puerta o postigo de San Nicolás.

Seguía después hasta el mercado de la Brecha en su ángulo NO., y de aquí hacia la casa número 10 de la calle de Aldamar, a la altura del que fue depósito de bomberos, donde hacía una inflexión para, atravesando la pescadería de Sur a Norte, aproximadamente por su mitad, y rozando las escuelas de niños, dirigirse a la plaza de Zuoloaga, en las inmediaciones del derribado teatro-circo, y por la antigua calle de la Zurriola, terminar finalmente en el baluartillo de San Telmo, en la falda del monte Urgull.

El lienzo Norte de la muralla unía el frente del Este, antes de alcanzar su extremo en el citado baluartillo, con el occidental, en la torre del Campanario, por un sencillo muro que se dirigía aproximadamente por la que debió ser la calle de Santa Corda, del cual hoy día todavía se conservan algunos vestigios.

En total, este recinto fortificado llegó a tener siete puertas; las tres del frente de tierra situadas en el sitio expresado, dos en el muelle (la de la torre del Campanario y la de Santiago), otra inmediata a Santa María, y una, parece ser, próxima a la iglesia de San Vicente.

LA MURALLA NUEVA EN EL SIGLO XVI

La muralla nueva, según los datos históricos existentes, se comenzó a construir en el año 1516, bajo la dirección y traza del famoso capitán don Pedro Navarro, conde de Olivetto (6). El motivo a que dio lugar su construcción fue seguramente el de aumentar la fortaleza de las defensas de la ciudad, puesto que ya la muralla vieja debía de

(6) PABLO DE GOROSABEL: *Noticia de las Cosas Memorables de Guipúzcoa*. Tomo V, año 1900; pág. 49.

encontrarse en deficiente estado y anticuada en cuanto a sus características defensivas. Del viejo sistema amurallado, a base de gruesos muros, cubos y torres almenadas, se había pasado al de tambores abaluartados, el cual imperó por aquellos tiempos en la mayoría de las fortificaciones.

Difícil sería concretar al detalle cómo fue y en qué consistió esta nueva muralla, que, iniciada en la indicada fecha, había de sufrir después diversas y constantes modificaciones y reformas.

Los primeros proyectos se levantarían probablemente con bastante anterioridad, recogiendo en ellos las necesidades impuestas por las nuevas normas y métodos defensivos, pues hay que tener en cuenta que por aquella época existía una gran desorientación en cuanto al empleo y efectos de las armas de fuego, que, inventadas poco tiempo antes, habían de tener gran influencia en la construcción de las obras de fortificación.

Epoca de transición en las fortificaciones, debió de ser causa de que en un principio se comenzasen las obras con arreglo a los métodos de la fortificación clásica antigua, aunque aumentando su fortaleza para poder aguantar el empuje y los efectos de las referidas armas de fuego. Sin embargo, bien pronto habían de implantarse los nuevos sistemas de fortificación abaluartada.

Frente del puerto.

El frente occidental o del puerto estaba formado por un sencillo muro de unos dos metros de espesor, que con trazado continuo concurría desde el pie de la muralla que descendía del castillo hasta su terminación en el cubo del Ingente, el cual servía de enlace en el ángulo SO. con la cortina del frente Sur.

Según la representación deducida para el plano de Villaturiel, esta muralla debía de encontrarse almenada en toda su extensión, teniendo dos puertas de salida al puerto, que claramente aunque sin detalle pueden verse representadas en el dibujo por dos arcos, uno frente al muelle viejo y el otro correspondiente a la puerta principal, frente a la actual calle del Puerto.

En el plano del año 1551-52 se confirma la existencia de estas dos puertas, que figuran con mayor detalle, observándose cómo ellas debían de encontrarse en unos cubos defensivos que formaban parte de la muralla y a los que se tenía acceso por las correspondientes y empinadas escaleras.

El frente de tierra.

El frente Sur o frente de tierra se encuentra representado en el plano de Villaturiel, sin más detalle que la escalera de acceso al terraplén, éste, y el parapeto correspondiente; figurando, tanto las cortinas como el cubo imperial, con un trazado sencillo sin indicación explicativa alguna, como si esta parte quedase al margen del objeto perseguido por el plano. Es de suponer, por tanto, que en aquel tiempo se considerase al menos aceptable dicha parte de la obra fortificada, sin que precisara mejora ni reforma alguna, puesto que, de otra forma, hubiese requerido la atención de Villaturiel, que lo hubiera hecho constar en su plano con las convenientes indicaciones, como vemos sucede en otras partes del mismo.

No parece ocurrir igual con el resto de la obra: el cubo del Ingente, en el ángulo SO., ya descrito, y el del Torrano, en el extremo opuesto, ángulo SE., lugares en los que se indica claramente el terrapleneo, así como la construcción de un rebellín delante del segundo.

El plano de 1551-52, más uniforme en cuanto a su trazado general, parece estar destinado a dar una idea del conjunto sin hacer distinción alguna en cuanto a obras de reforma o reparación; en su perspectiva nos muestra las cortinas del frente y su cubo Imperial, así como su plataforma fortificada, todo con el mismo grado de detalle, observándose claramente las cañoneras para la artillería y hasta señalándose algunos cañones, los cuales nos dan idea de sus emplazamientos y el tener al menos previsto el empleo de tan importante arma de fuego.

Del examen del plano de Villaturiel muy especialmente, podemos deducir que por aquella época y con respecto al frente de tierra se sentía gran preocupación por los flancos del mismo; los cubos del Ingente y del Torrano, que como hemos visto estaban sujetos a reformas, el primero por su lamentable estado ruinoso y por su necesidad de mejora en sus condiciones defensivas, y el segundo por estar sometido a un conveniente proyecto de modernización para darle a su traza la forma abaluartada.

A partir del cubo del Torrano, y según puede observarse únicamente en el plano de Villaturiel, el frente doblaba en dirección SE. hasta enlazar con la cortina Este de la muralla por medio de otro cubo, el de don Beltrán.

En cuanto a estos dos cubos, el del Ingente y el de don Beltrán, considero interesante hacer constar la existencia en el dibujo de dos trazas, la circular en forma de tambor, que parece debía de corresponder a la obra más antigua, y otra posterior de línea abaluartada, que modificaba la primera para ajustarse a los modernos sistemas de fortificación de entonces.

Vemos, pues, de todo esto la gran importancia que se concedía por aquella época al frente Sur de la muralla, y cómo dentro del mismo se atendía a la mejora de sus puntos más difíciles, esto es, sus extremos.

Es de notar en esta obra fortificada la ausencia de una torre o cubo en la muralla vieja y en su ángulo SE., lo que resulta extraño, pues verdaderamente no parece lógico la falta de esta clase de elementos defensivos en los ángulos de un recinto fortificado de aquella época. La existencia, en cambio, en la muralla nueva del cubo de don Beltrán, próximo a dicho lugar, parece hacer pensar que tal vez donde estuvo situado éste, o muy próximo al mismo y en la muralla vieja, debió de estar emplazada alguna torre o cubo y que, al ser construida la muralla nueva, se consideró conveniente incluirlo dentro de ella, con idea de reforzar esta pequeña parte de la cortina, tan acertadamente situada, comprendiéndola entre los dos elementos defensivos formados por los cubos de don Beltrán y el Torrano.

Situación de la muralla nueva.

La muralla nueva, como hemos dicho antes, arrancaba de la que por la falda del monte descendía del castillo (antigua muralla de Villaturiel), seguía en dirección Sur por el muro que aún hoy se conserva, limitando la calle del frente del muelle, y terminaba en el cubo del Ingente, situado en el ángulo SO. del recinto, en el lugar aproximado en el que hoy se asienta la parte norte del Club Náutico.

La puerta del muelle en esta muralla se encontraba en el lugar en que, modificada, aún hoy existe como entrada al mismo, frente a la nueva calle del Puerto.

El frente Sur, ocupaba el paseo de la Alameda en su mitad norte, extendiéndose desde el edificio del actual Ayuntamiento hasta el mercado de la Brecha. Su paramento interior correspondía al límite de la Alameda por el lado norte, o parte antigua de la ciudad, y el exterior, con la paralela a esta línea que, pasando por el ángulo NE. del referido Ayuntamiento, los evacuatorios y el extremo Sur, terminaba

en la Alameda a la altura del Mercado. En el centro de este frente, el cubo Imperial se encontraba en el espacio comprendido en la Alameda a la altura de las casas números 19, 21, 23 y 25, acera Sur, quedando la punta de diamante del cubo en la calle de Garibay, a la altura de la casa número 4 aproximadamente. Las dos caras del cubo se encontraban a la altura de los chaflanes que forman la esquina de la citada calle (7).

La puerta de entrada, llamada puerta de Tierra, venía a quedar al costado Oeste del cubo y en la prolongación de la calle de San Jerónimo.

El frente del Este de la muralla ocupaba la parte comprendida entre el cubo del Torrano y el baluartillo de San Telmo. El cubo de don Beltrán venía a estar situado aproximadamente a unos 280 metros del baluartillo de San Telmo; aquí la cortina se desviaba hacia el Oeste, en un ángulo muy obtuso, continuando en esa dirección hasta el cubo del Torrano, el cual quedaba en la unión de la calle de Aldamar con la Alameda.

El frente Norte puede decirse que estaba constituido por el de la muralla vieja en la forma que se señaló al hacerse referencia a aquélla.

NUEVAS OBRAS DE FORTIFICACIÓN REALIZADAS EN LA SEGUNDA MITAD DEL SIGLO XVI

Casi terminadas al comenzar la segunda mitad del siglo XVI, las obras proyectadas años antes y de las que el Capitán General don Sancho Martínez de Leyva trata en una carta escrita con motivo de su relevo por destino a Africa, se consideró, sin duda, que las fortificaciones de la plaza habían alcanzado el conveniente grado de perfeccionamiento para su más eficaz defensa, aunque no obstante, algunas de sus partes, por estar ya construidas desde hacia bastantes años, no se encontraban en muy buen estado de servicio y requerían una necesaria reparación.

Las obras realizadas durante esta segunda mitad del siglo XVI, hubieron de reducirse, por tanto, a las imprescindibles reparaciones y mejoras, y entre ellas muy particularmente, la del cubo del Ingente, que tanto se iba demorando y que encontrándose en muy mal estado pre-

(7) SERAPIO DE MÚGICA: *Las Calles de San Sebastián*. Prólogo. Año 1915: página XXXVI.

cisaba ya de una urgente reparación. Sin embargo, no debió de hacerse ésta muy a fondo, pues, como veremos más adelante, hubo aún de insistirse en ello en el siglo siguiente.

En 1567 se procedió a la construcción de un revellín junto al postigo de San Nicolás, el cual había sido proyectado unos años antes y que muy bien podría corresponder al que figura gráficamente en el plano de Villaturiel de 1546.

También se realizaron algunas obras en la muralla del frente de Tierra, muy especialmente en el cubo Imperial, que debió ser mejorado y modificado en su puerta de entrada, al ser disminuida ésta en sus dimensiones y colocarse sobre ella el escudo con las armas imperiales, labrado por el cantero Pierres Picart en 1537.

A final del siglo se apreció también la necesidad de ensanchar la villa, para lo cual se trató de prescindir de algunas huertas y pequeñas edificaciones que dificultaban dicho ensanche, así como también se vio la conveniencia de ir prescindiendo de la antigua muralla en su frente Sur, que a la vez que entorpecía dicho ensanche, impedía dedicar tal espacio de terreno a las necesidades de las nuevas fortificaciones.

LAS MURALLAS DE LA PLAZA DE SAN SEBASTIÁN HASTA EL SIGLO XVII

Resumen de las fases constructivas de las murallas.

De todo lo expuesto sobre la constitución de las murallas en las diferentes épocas de su historia, desde su construcción hasta el siglo XVII, podemos considerar tres principales fases constructivas características:

PRIMERA FASE.—*La muralla antigua desde su origen en la época de Sancho el Fuerte hasta el reinado de los Reyes Católicos.*

Muralla sencilla formada por muros de piedra rematada por almenas y provista de aspilleras o saeteras propias para el empleo de las armas defensivas de la época. En sus ángulos y en las puertas de entrada, torres o cubos defensivos; la puerta principal, probablemente con barbacana de entrada.

SEGUNDA FASE.—*La muralla antigua en la época de los Reyes Católicos.*

Es la obra de fortificación reformada por los Reyes Católicos, como consecuencia de los ataques llevados a cabo por los franceses al mando de Amat de Labrit y de don Alfonso de Borbón durante los años 1476 y 1512. Se reforzaron la muralla, cercas, torres y cubos para la mejor defensa.

Es muy probable que estas obras tuviesen su representación gráfica en el plano de Villaturiel, teniendo en cuenta su fecha de 1546; si las comparamos con lo que podía ser la obra primitiva podremos deducir que la cerca o barrera de protección de la muralla principal en el frente occidental y el muro o falsabraga que se aprecia en el ángulo SO., así como algunos de los torreones y obras situadas en el frente Sur, corresponderían probablemente a esta época de los Reyes Católicos.

El no estar registradas las referidas cercas, barreras o falsabragas en el plano de 1551-52, nos hace pensar que muy bien pudieron haber sido demolidas en las fechas comprendidas entre los dos planos citados, considerando que estas obras habían cumplido ya su misión de carácter provisional, al quedar construida la nueva muralla.

TERCERA FASE.—*La muralla nueva.*

Comenzada su construcción, según se ha expresado, en el año 1516 sería levantada recogiendo las enseñanzas de los nuevos métodos defensivos impuestos por las armas de fuego, aunque practicándose todavía los principios de la fortificación abaluartada con cierta desconfianza, y sin desdeñar, por tanto, los clásicos de la fortificación antigua.

Se construyó la muralla nueva circunvalando a la antigua en sus frentes Oeste y Sur; en el frente Norte se realizarían solamente pequeñas obras de consolidación, teniendo en cuenta su situación ventajosa con la posición dominante a sus espaldas del monte Urgull.

En cuanto al frente del Este, el mar impedía el ensanchamiento de las murallas y, por tanto, las obras habrían de limitarse también a su conveniente y posible refuerzo para dotarlas de una mayor solidez. Por esto debió de reconstruirse sobre los propios cimientos de la muralla antigua o muy próximo a ellos. En el plano de Villaturiel

parece acusarse perfectamente este refuerzo, al indicarse en el dibujo con una línea a modo de contrafuerte, inmediata y paralela a la cortina principal, de la que ya se ha tratado anteriormente.

La debilidad de la muralla se encontraba muy acentuada en los ángulos SO. y SE., como lo probaron los continuos proyectos y obras de transformación a que estuvo siempre sujeta, constituyendo la principal preocupación de los mandos de la plaza y de los ingenieros constructores en el transcurso de muchos años.

Como resumen de lo expuesto puede decirse que al llegar el siglo XVII, la situación de las fortificaciones de la plaza de San Sebastián sería, poco más o menos, la siguiente:

Se completó el recinto amurallado en su frente meridional con un lienzo de suficiente fortaleza, con plataforma para artillería y con un cubo en su centro, el Imperial, muy sólido y de excelentes condiciones defensivas, más tal vez de lo que se acostumbrara en las fortificaciones de aquella época.

En el frente occidental, o sea el del puerto, se encontraba un muro de poca consistencia defensiva, de siete pies de espesor, con su prolongación hacia el castillo sin terminar y casi sin flanqueo alguno; en el mismo estaba la puerta del muelle, no muy acondicionada para la defensa, con la ventaja, eso sí, de que este frente podía ser batido de enfilada desde las posiciones dominantes del monte Urgull.

El lienzo Este, o de la Zurriola, tenía un muro de 12 pies de espesor, muy débil, tanto para la defensa como para resistir en buenas condiciones los fuertes y continuados embates del mar; aun cuando se hicieron algunas obras en el mismo, no debieron de proporcionarle la consistencia requerida para que pudiera ser considerado como fuerte muro de defensa. No disponía de más flanqueo algo eficaz que el que podía proporcionarle el baluartillo de San Telmo y las alturas del monte en sus proximidades.

En la unión del frente de tierra con el del puerto, el cubo del Ingente, en muy mal estado, amenazaba ruina, no poseyendo condición alguna para el flanqueo. Lo mismo sucedía en la unión de aquel frente con el de la Zurriola, donde el cubo del Torrano no debía contar con la fortaleza y la capacidad defensiva necesaria.

En general se notaba en casi todos los frentes la falta de traveses, y la de flanqueo en las cortinas correspondientes a los mismos.

El cierre en el frente Norte por la montaña, se hallaba defendido por una débil muralla al abrigo del monté.

LAS MURALLAS EN EL SIGLO XVII

Al comienzo del siglo XVII, aunque prevalecía la buena impresión sobre la plaza encerrada dentro del recinto fortificado de la nueva muralla, ésta no podía satisfacer todas las exigencias de una eficaz defensa: parte de las obras se encontraban ya muy viejas y deterioradas por el abandono y la acción del tiempo, y otras habían quedado anticuadas, no respondiendo a los nuevos sistemas de la fortificación abaluartada.

Si el cubo Imperial y las cortinas del frente de tierra se estimaban de suficiente fortaleza para resistir el empuje de una posible ofensiva enemiga, no podía decirse otro tanto respecto a las obras extremas de dicho frente, donde los cubos del Ingente y del Torrano se encontraban en lamentable estado de servicio.

Fue a principios de este siglo cuando se comenzó a dar impulso a la realización de algunos importantes proyectos de defensa, que habían sido estudiados dentro de las más variadas ideas y de acuerdo con los procedimientos de la nueva fortificación abaluartada, cuya discusión dio origen a no pocas polémicas y disgustos; esto, unido a la escasez de medios económicos, hizo que se fuera retrasando su ejecución, con gran perjuicio para las obras, que nunca llegaron a responder a un proyecto único determinado.

El primer paso se dio en el año 1610, al ser encargado el ingeniero don Tiburcio Espanochi de un proyecto general de defensa de los Pirineos, en el que por lo que respecta a San Sebastián, se comprendían las fortificaciones del monte Urgull, y las obras defensivas de la plaza.

La idea de Espanochi estaba basada en descender las defensas del castillo, que a su juicio se encontraban muy elevadas, para unirlas a las de la plaza y constituir con éstas una verdadera ciudadela.

Entre las obras a realizar en la plaza se trató en primer lugar de la reparación del cubo del Ingente, que por entonces se encontraba, como hemos visto, en deplorable estado, y aun de su posible sustitución por un amplio baluarte defensivo, que habría de permitir el emplazamiento de la artillería; pero su ejecución se fue demorando, por lo que en 1630 la villa hubo de solicitar su urgente reconstrucción, así como la concesión de los correspondientes fondos. Sin embargo, no se dieron comienzo a las obras hasta el año 1637, fecha

ésta en que debió de emprenderse la citada reconstrucción del cubo a la vez que se inició la del hornabeque de San Carlos.

Pocos años más tarde, en 1641, el ingeniero Juan de Garay comenzaba por fin la obra de transformación del cubo del Ingente en un medio baluarte, al que se le dio el nombre de baluarte de San Felipe; al mismo tiempo debieron de iniciarse las obras en el extremo opuesto, donde igualmente se construyó otro medio baluarte con el nombre de baluarte de Santiago.

No obstante todo esto, en 1682 todavía se encontraban sin terminar estos medios baluartes, pues estuvieron sujetos a continuas reformas en su trazado por la diversidad de criterios existentes entre los ingenieros que intervinieron en su proyecto. Es de suponer que las obras llegarían a concluirse al final del siglo, puesto que se sabe que en 1699 el baluarte de San Felipe se encontraba ya casi terminado.

Y así finalizó el siglo XVII, en el que puede decirse se realizaron, no sin muchas dificultades, como hemos visto, los proyectos trazados en el siglo anterior, quedando con ello al parecer la plaza en condiciones defensivas bastante aceptables, ya que según nos dice Camino en su importante obra sobre la historia de San Sebastián, el Rey Felipe V en una visita a la ciudad en el año 1701, poco después de subir al trono, hizo grandes elogios de la misma, destacando la inexpugnabilidad de su castillo (8).

LAS MURALLAS EN EL SIGLO XVIII

Debieron de transcurrir los primeros años del siglo XVIII, sin que se ejecutaran ya más obras que aquellas que habían quedado pendientes de realizar en el siglo anterior, procediéndose, eso sí, a mejorar y completar el deficiente artillado de que entonces se disponía.

Al tener lugar en 1719 la ofensiva de las fuerzas francesas al mando del Mariscal Duque de Berwick, se pusieron en juego por parte de los invasores gran cantidad de medios ofensivos de características superiores a los de la defensa, interviniendo asimismo con aquéllos, fuerzas de la marina. Ante estos nuevos medios de ataque, se pensó, sin duda, en la necesidad de mejorar y aumentar las forti-

(8) CAMINO ORELLA: *Historia civil-diplomática-eclesiástica, antigua y moderna de San Sebastián*. Edición del Ayuntamiento de San Sebastián, año 1963; página 125.

ficaciones de la plaza y el monte Urgull, recurriéndose así a la realización de algunos de los antiguos proyectos de la ciudadela y estudiándose el emplazamiento de nuevas baterías.

Mediado ya el siglo, se llevaron a efecto algunos de estos proyectos, con las reparaciones y reformas en las fortificaciones de la plaza, siendo el más importante de ellos la construcción de una contraguardia delante del baluarte de San Felipe, obra que se llevó a término en el año 1756. A la vez que éstas, se realizaban en las baterías de Monte Urgull nuevas obras de fortificación, para darles el carácter permanente, en las que habrían de tenerse muy en cuenta las enseñanzas deducidas en la última invasión francesa en el año 1719.

Pero así como al finalizar el siglo xvii reinaba gran optimismo en cuanto al valor de las fortificaciones, hasta el punto de considerar a éstas como inexpugnables, al finalizar el siglo xviii, pesaba mucho la opinión pesimista contraria, ostentada por don Felipe Cramer, Bassecourt, Caro y otros ingenieros, los cuales pensaban que las fortificaciones existentes en la plaza no tenían ya objeto alguno por su poca eficacia, siendo casi inservibles, tanto por su estado de conservación como por su situación, y haciéndose preciso el desplazamiento de las defensas de la plaza a otra zona más adelantada con respecto a la misma, a la altura de Rentería y Alza.

Se encomendó entonces a los generales O'Farril, Morla y Samper, la realización de un importante estudio defensivo, levantándose sobre el mismo el correspondiente informe. Este, por lo que respecta a la plaza de San Sebastián, fue entregado en 1796, con las siguientes conclusiones:

«... resultando de todo lo expuesto, que esta plaza en su estado actual y ni aún mejorado con algunas obras que no evitan sus defectos capitales, no puede ser defendida, considerando que tomada por el enemigo le será de mucho auxilio y se hará mucho más fuerte entre sus manos, por los ningunos miramientos que tendrá por la población civil: y, en fin, visto que son de sumo costo y no correspondiente utilidad, las inmensas obras que serían menester, para ponerla en regular estado de defensa, la Brigada piensa como los Generales Bassecourt y Caro, que no deben subsistir y que de consiguiente se deben demoler sus fortificaciones» (9).

(9) EUSKALENRRIAREN-ALDE: *Revista de Cultura Vasca de San Sebastián*. Tomo I; pág. 372.

LAS MURALLAS EN EL SIGLO XIX

Ni a finales del siglo XVIII ni a comienzos del XIX, se llegaron a realizar los proyectos expresados anteriormente, dada la delicada situación en que por entonces se encontraba la nación, en la que solapadamente habían ido introduciéndose las fuerzas francesas.

Al llegar el año 1813 y tener lugar el sitio de San Sebastián por las fuerzas anglo-portuguesas, las fortificaciones de la ciudad se encontraban en mal estado, por lo que los franceses hubieron de hacer urgentes obras de reparación y mejora, recurriendo a medios ligeros de circunstancias; levantaron trincheras y algunos parapetos, y emplazaron y organizaron también algunas nuevas baterías de artillería.

Las fuerzas francesas hubieron de hacer frente a su difícil situación en condiciones poco ventajosas, disponiendo y empleando principalmente las defensas de la plaza reforzadas por algunas baterías del castillo, aquéllas que por su situación y mejor emplazamiento permitían más posibilidades de eficaz empleo. Entre ellas destacaba la Batería del Mirador, que puede decirse debió llevar todo el peso de la defensa artillera.

Los sitiadores, por el contrario, pusieron en juego numerosos medios de ataque, armas más modernas y artillería más precisa y potente, por lo que aquéllos tuvieron que defenderse soportando una dura lucha en manifiestas condiciones de inferioridad, no sólo en cuanto a tropa, sino también en toda clase de medios, armamento y munición, e incluso, sin la casi posibilidad de recibir refuerzos.

La plaza en estas condiciones podía ya oponer poca resistencia al enemigo, y la prolongación de su defensa sólo habría de servir para confirmar su impotencia y debilidad, y la del sistema fortificado, que exigía su sustitución por otro más moderno y eficaz.

Al levantarse el sitio, esta impresión aún se acentuaba más, pues todo era allí desolación. Por ello, por el desagradable recuerdo de tan luctuosos hechos de armas, por el comportamiento incruento e inhumano de las fuerzas extranjeras sitiadoras con respecto al pueblo de San Sebastián, por todas las calamidades sufridas durante el asedio y, en fin, por la ansiedad de liberación del suelo que se sentía oprimido y encerrado en su recinto militar, consiguió éste que se ordenase la demolición de sus antiguas murallas, la que, como se sabe, se llevó a efecto a partir del 4 de mayo de 1863.

Así terminó la vida de aquéllas, después de sus muchos años de

existencia, con sus vicisitudes, reformas, críticas, discusiones y disgustos, para dar paso a un ambicioso proyecto de expansión y reforma de la ciudad.

CONSIDERACIONES GENERALES SOBRE LAS MURALLAS DE SAN SEBASTIÁN

En el año de 1850, y por tanto poco antes del derribo de las murallas, la plaza de San Sebastián podríamos suponerla encuadrada entre las fortificaciones de tipo abaluartado, aunque sin corresponder a sistema definido alguno entre los típicos de esta clase.

De una manera general respondía en mayor parte al sistema de Vauban, pero con diversas variantes. Esto ya debía de representar en principio un grave inconveniente, puesto que los distintos elementos de fortificación deben complementarse unos con otros, y mal ha de verificarse esto, cuando su conjunto no corresponde a la misma idea defensiva.

Comenzando por el frente de tierra —como ya hemos visto—, el sistema estaba integrado por una cortina con un baluarte central o cubo Imperial, y dos semibaluartes en sus extremos, el de San Felipe y el de Santiago, quedando cubierta la referida cortina por el hornabeque, y éste a su vez por el correspondiente revellín.

En toda esta obra defensiva se encuentran ya representadas las trazas de dos sistemas distintos, el de Vauban, aunque algo modificado, en el baluarte de Santiago, y el de De Ville, representado en su cubo Imperial y, sobre todo, en el baluarte de San Felipe, con sus características de flancos perpendiculares a la cortina y los ángulos flanqueados mayores de 90 grados, proporcionando líneas de defensa fijantes.

El hornabeque, en cambio, aunque también ajustado en su conjunto al sistema de Vauban, respondía en otras de sus características al de Pagán, pero no podría clasificarse tampoco dentro de éste, puesto que sus flancos no cumplían con la condición peculiar de ser perpendiculares a las líneas de defensa, como correspondía a este sistema de fortificación. Nada de particular tiene, por todo lo expuesto, que se haya dado lugar a algunas confusiones al tratar de la clasificación de la fortaleza de la plaza, y que ésta pueda ser tan discutida. El frente de tierra podría representar una respetable fortaleza, ya que por otra parte queda suficientemente batido por su artillería; hubiese sido temerario un ataque de frente al mismo, cosa que nunca llegó a verificarse. Era sin duda el mejor frente, con acción eficaz y

fuegos lejanos sobre San Bartolomé y alturas del barrio de San Martín, aunque, en cambio, se encontraba totalmente dominado por estas alturas y el monte Igueldo.

El lienzo oriental o la Zurriola, con su longitud aproximada de 286 metros desde su arranque en la falda del monte hasta el baluarte de Santiago, coronado por un simple pretil, aunque con el río Urumea a su costado, no representaba obstáculo importante favorable a la defensa, pues no contaba con más flanqueo que el que pudieran proporcionarle el pequeño baluartillo de San Telmo, con capacidad para solamente dos cañones.

Como a los 190 metros de su arranque, la muralla hacía una inflexión hacia el Oeste, a partir de la misma quedaba totalmente exenta de dicho flanqueo, y aunque en esta parte del lienzo se encontraban los cubos de Amezqueta y el de Hornos, con asentamientos para dos piezas de artillería cada uno, eran de traza antigua sin condiciones para efectuarlo. Tampoco podía conseguirse este flanqueo desde el baluarte de Santiago, por no disponerse en el mismo de elemento alguno flanqueante en esta dirección, ni del trazado adecuado con la amplitud suficiente para ello; esto fue proyectado en el año 1756, pero no llegó a realizarse.

En cuanto al frente occidental, abierto a la bahía y, por tanto, cubierto por la misma de un ataque lejano, contaba únicamente con la muralla sencilla, también sin terraplén y con pocas condiciones defensivas, pues no disponía por sí misma de más flanqueo que el que podía permitirle la casamata de la puerta del muelle, con dos piezas de artillería.

El baluarte de San Felipe no contaba con grandes elementos defensivos, ni de flanqueo en este frente, pero la muralla del puerto, no obstante su debilidad propia, tenía la gran ventaja de estar cubierta de flanco por el monte Urgull, de quien podía recibir buen apoyo de fuegos.

En resumen, podemos decir que las fortificaciones de la ciudad de San Sebastián podían considerarse eficaces, en cuanto al frente de tierra, para un ataque frontal; con mala defensa y falta de flanqueo en el de la Zurriola, y débil en su defensa, pero, en cambio, con buena protección y facilidad de flanqueo desde las posiciones bajas del castillo, en el frente occidental del puerto.

(El dibujo panorámico que representa las diversas murallas, es obra del autor de este trabajo.)

